

Fuentes

Cuad Mon 1 (1966) 1-22
MAURO MATTHEI, OSB

LOS DICHOS DE LOS PADRES DEL DESIERTO (*APOPHTEGMATA PATRUM*)

La palabra “apophtegma” (derivada del verbo “apophthéggomai” = responder franca y redondamente) corresponde en castellano a “dicho” o “sentencia”.

Los “Apophtegmata Patrum” son colecciones de máximas, anécdotas o cuentos acerca de los Padres del desierto de Sceté (al Suroeste de Alejandría, en que se resume la experiencia espiritual de los primeros monjes cristianos (siglos IV y V d. C.). Junto con la “Vida de San Antonio, “ y las “Vidas de San Pacomio” representan la fuente más antigua de la espiritualidad monástica.

No hay en los apotegmas artificios literarios; su estilo es simple, directo, sabroso. No pretenden sistematizar doctrinas sino comunicar “sabiduría”, “utilidad espiritual”; orientar a los novicios y servir de introducción a la vida monástica. Son como la materia prima de ciertas doctrinas espirituales ulteriormente estructuradas.

Generalmente se trata de sentencias que los maestros de la vida espiritual (los “Ancianos”, “Padres” o “Abades”) dan a discípulos o visitantes que les piden una “palabra de salvación”. En la capacidad de engendrar vida espiritual en otros reside la esencia de la paternidad espiritual, adquirida después de una dura y paciente lucha contra las propias pasiones.

Los “dichos” de los Padres espirituales ilustran todos los aspectos de la vida de perfección, desde el combate más elemental contra los vicios y defectos propias, hasta los gozos de la contemplación mística.

En separación del mundo, selectas y pobreza, perseverando en su celda (e. d. ermita), el Padre del desierto se esfuerza en ruda ascesis por alcanzar la “Hesyjía”, la paz del corazón. La gradual superación “de sus pasiones lleva al monje a la “apátheia” o “silencio del alma”, que a su vez lo capacita para la contemplación de Dios. El demonio trata de frustrar por todos los medios la ascensión del hombre a Dios por medio de la oración. En su diario batallar contra Satanás la virtud de la discreción o de discernimiento de los espíritus es para el monje un arma imprescindible. Pero también la bondad, la humildad, el amor del prójimo forman parte de su armadura espiritual. El monje se siente esencialmente como peregrino en este mundo y su meta y única preocupación es el Reino de Dios, la llegada del Señor.

Ediciones de los *Apophtegmata*

Como aún no hay una edición crítica de los apotegmas los problemas de su composición literaria aún siguen poco esclarecidos. Desde fines del siglo IV había ya repertorios parciales de sentencias, recogidas probablemente en los círculos del abad Poimén. La versión griega definitiva se publica en la segunda mitad del siglo V. A comienzos del siglo VI ya existen versiones en latín y siríaco. El hecho de que en dicho siglo se encuentren compilaciones en las principales lenguas de la antigüedad (griego, latín, siríaco, armenio, georgio, árabe, copto) evidencia la popularidad de aquel género literario. San Benito conocía la traducción latina y en el capítulo 40 de la Regla cita el apotegma 19 del abad Poimén.

Podemos distinguir tres tipos principales de repertorios de apotegmas:

a) Compilaciones alfabéticas.

Los dichos se presentan según el orden alfabético de los nombres de los abades a quienes se atribuyen, comenzando por Antonio y terminando con Or. A menudo comienzan con una fórmula de introducción del estilo de: “Un anciano dijo”. De allí el nombre de “Geronticón” o “Patericón” que la colección ha recibido en Oriente. Este repertorio de 940 dichos atribuidos a 130 Padres, redactado en lengua griega, ha sido editado por primera vez por Cotelier en 1617 y agregado al tomo 65 de la Patrología griega de Migne con el título de “Apophthégmata toon hagioon gerontoon” o “Apophthegmata Patrum”.

b) Compilaciones sistemáticas.

Distribuyen el mismo material en capítulos que tienen por objeto un aspecto particular de la vida espiritual (p. ej. de la oración, de la paciencia, de la sobriedad, etc.).

De esta compilación actualmente sólo se conoce la traducción latina, llamada “Verba Seniorum”, editada por primera vez por Rosweyde en 1615 e incluida en el tomo 73 de la Patrología latina de Migne (libros V y VI de las “Vitae Patrum”).

c) Compilaciones mixtas.

Se conservan en latín y forman los libros III y VII de las “Vitae Patrum” (PL. 73) y las “Aegyptiorum Patrum sententiae” recogidas por Martín de Dumio y editadas en la Patrología latina 74.

Según Bousset la versión alfabética sería la más antigua; pero Bardenhewer sostiene la prioridad de la versión sistemática.

Podemos, pues, trazar el siguiente cuadro de las ediciones griega y latina de los “Dichos de los Padres:

1. “Apophthégmata toon hagioon gerontoon”, 940 dichos, en PG 65, cols. 71-440.
2. “De Vitis Patrum Liber Tertius, sive Verba Seniorum”; atribuido a Rufino de Aquileja, 220 dichos. PL 73, cols. 73-810.
3. “De Vitis Patrum Liber Quintus, sive Verba Seniorum”; traducción latina del diácono Pelagio, que fue Papa de 555 a 560. Colección de 653 dichos; en PL. 73, cols. 855-988.
4. “De Vitis Patrum Liber Sextus, sive Verba Seniorum”; traducción latina del subdiácono Juan, que después fue el Papa Juan III (560-563), 89 dichos; en PL. 73, cols. 993-1022.
5. “De Vitis Patrum Liber Septimus, sive Verba Seniorum”; traducción latina del diácono Pascasio, hecha alrededor del año 500, 162 dichos; en PL. 73, cols. 1025-1062.
6. “Aegyptiorum Patrum Sententiae”; traducción latina de Martín de Dumio; 109 dichos; en PL. 74, cols. 381-394.

Las traducciones latinas traen, pues, en total 1.233 dichos, muchos de los cuales se repiten.

Referencias bibliográficas:

a) Libros:

J. M. BESSE, *Les moines d'Orient antérieurs au Concile de Chalcédonie*, Paris 1900.

BOUSSET, *Apophthegmata. Studien zur Geschichte des ältesten Mönchtums*, Tübingen 1923.

Jean BREMOND, *Les pères du désert (con introducción de Henri Brémond)*, 2 vols., Paris 1927.

VILLER - RAHNER, *Azese und Mystik in der Väter zeit*, Freiburg 1939.

K. HEUSSI, *Der Ursprung des Mönchtums*, Tübingen 1936.

I. HAUSHERR, *Direction spirituelle en Orient autrefois*, Roma 1945.

R. DRAGUET, *Les Pères du désert*, Paris 1949.

A. Hamman, *Vies des Pères du désert*, Paris 1961.

Giuseppe TURBESSI, *Ascetismo e monachesimo pre-benedettino*, Roma 1961.

J. C. GUY, “Les Apophthegmata Patrum”, en *Théologie de la vie monastique*, Paris 1961, pp. 73-83.

Id., *Recherches sur la tradition grecque des Apophthegmata Patrum*, Bruxelles 1962.

P. Bonifatius OSB, *Sprüche der Väter Apophthegmata Patrum*. Graz 1963

Uta RANKE-HEINEMANN, *Das frühe Mönchtum. Seine Motive nach den Selbstzeugnissen*, Essen 1964.

b) Resúmenes:

P. Th. CAMELOT, OP, « Les pères du désert. Un guide de lectures », en *La vie spirituelle* 41 (1959), pp. 316-324.

F. CAVALLERA, “Apophthegmes”, en *Dictionnaire de Spiritualité, ascétique et mystique* (D. S. A. M.) 1, 765-770.

P. DE LABRIOLLE, “Apophthegma”, en *Reallexikon für Antike und Christentum* (R. A. C.) I, 545-550.

c) Estudios en lengua española:

García COLOMBÁS, “El concepto de monje y vida monástica hasta fines del siglo V”, en *Studia monastica* 1 (1959), pp. 257-342.

Mauro MATTHEI, “Aflicción y consuelo en los Padres del Desierto”, en *Studia monastica* 5 (1963), pp. 7-25.

Miguel PÉREZ DE LABORDA, “Trabajo y Caridad. Un aspecto poco conocido del monacato antiguo”, en *Yermo* 3 (1965), pp. 127-152.

Mamerto MENAPACE, “Notas sobre el trabajo manual en la espiritualidad del monacato primitivo”, en *Yermo* 3 (1965), pp. 113-126.

Los dichos de los Padres del desierto que publicaremos en esta revista representan una selección tomada de la edición griego-latina de PG 65. Los títulos no figuran en el original.

LOS DICHOS DE LOS PADRES

El abad Antonio

(Antonio nació alrededor del año 251 en Come, Egipto central. A los 20 años dio sus bienes a las pobres y comenzó a vivir como asceta solitario en lugares cada vez más alejados. Tuvo muchos discípulos y murió en 356. San Atanasio escribió alrededor de 370 su *Vida*).

Ora et labora. (PG 65, Antonio 1)

Cierta vez el santo abad Antonio, viviendo en el desierto, sintió tedio y confusión de pensamientos y dijo a Dios: “Señor, deseo salvarme, pero mis pensamientos no me lo permiten. ¿Qué haré en mi aflicción? ¿De qué manera me salvaré?”. Poco después vio a alguien semejante a él; sentado y trabajando. Luego dejaba el trabajo y rezaba y volvía a sentarse para continuar en la fabricación de una cuerda. Poco después volvía a rezar. Era un ángel del Señor que había sido enviado para advertencia y enmienda de Antonio. Y escuchó que el ángel lo decía: “Obra así, Antonio, y te salvarás”. Al oír esto se llenó de alegría y confianza y obrando así se salvó.

Vida monástica.(3)

Cierto hermano preguntó una vez al abad Antonio: “¿Qué debo observar para agradar a Dios?”. Respondióle el anciano: “Guarda lo que te digo: Adonde vayas ten siempre a Dios ante tus ojos; cualquier cosa que hagas fundaméntala en algún ejemplo de la Sagrada Escritura; dondequiera que estés, no te mudes tan pronto. Practica estas tres cosas y te salvarás”.

Tentación (5)

También dijo (Antonio): “Nadie puede entrar en el reino de los cielos sin sufrir tentación. Suprime la tentación y nadie se salvará

Vida monástica. (6)

El abad Pambo preguntó al abad Antonio: “¿Qué debo hacer?”. Le respondió el anciano: “No confíes en tu justicia, no lamentos cosas pasadas, refrena la lengua y el vientre”.

El prójimo y Dios. (9)

Otra vez dijo (Antonio): “La vida y la muerte dependen de nuestro prójimo Si ganamos al hermano, ganamos a Dios; pero si, damos un escándalo al hermano, pecamos contra Cristo

Recogimiento. (10)

Dijo también (Antonio): “Así como los peces se mueren fuera del agua, así los monjes, cuando están largo tiempo fuera de su celda o permanecen entre seculares, se vuelven negligentes en la búsqueda de la paz interior y el recogimiento. Como el pez anhela el mar nosotros debemos apresurarnos por volver a la celda, no sea que, tardando demasiado afuera, nos olvidemos de la vigilancia del corazón”.

Descanso. (13)

Una vez un cazador del desierto observó que el abad Antonio estaba bromeando con los hermanos y se escandalizó de ello. El anciano quiso persuadirlo de que de tiempo en tiempo había que tener consideración con la debilidad humana y le dijo: “Coloca una flecha sobre tu arco y ténsalo”. Hízolo así. Entonces Antonio le dijo: “Ténsalo más”. Y el cazador lo tensó más; pero Antonio insistió: “Ténsalo”. Entonces el cazador dijo: “Si lo tenso demasiado se romperá”. El anciano le respondió: “Igual cosa sucede con el servicio de Dios. Si en esto exigimos demasiado de los hermanos corremos el riesgo de quebrarlos. Por ello hay que tener consideración de cuando en cuando con su debilidad”.

Al oír esto el cazador cambio de pensamiento y se marchó muy edificado. Los hermanos, empero, volvieron fortalecidos a sus celdas.

Paciencia en las injurias. (15)

Una vez los hermanos alabaron mucho en presencia del abad Antonio a cierto monje. Este quiso ponerlo a prueba, una vez que dicho monje lo visitaba, para ver si soportaba las injurias. Como no las soportara le dijo: “Te pareces a un villorrio, muy adornado por delante, pero cuyo interior es saqueado por ladrones

Veracidad y modestia. (17)

Cierta vez diversos ancianos fueron a visitar al abad Antonio y entre ellos se hallaba también el abad José. Antonio quiso ponerlos a prueba y así les propuso una palabra de la Sagrada Escritura. Comenzó a interrogarlos, empezando por los más jóvenes: “¿Qué significa esta palabra?”. Y cada uno le explicaba como podía. Pero Antonio decía cada vez: “Aún no has encontrado la verdadera interpretación”. Por último le preguntó al abad José: “¿Qué significa esta palabra según tu parecer?”. Y éste contestó: “No lo sé”. Entonces dijo el Abad Antonio: “El abad José ha acertado plenamente, pues ha dicho: No sé”.

Cumplimiento del evangelio y oración. (19)

Ciertos hermanos fueron a visitar al abad Antonio y le rogaron: “Dinos una palabra sobre cómo podremos salvarnos”. El anciano les respondió: “¿Habéis escuchado la Escritura? Eso basta”. Pero ellos dijeron: “Queremos tener también una palabra de tu boca, Padre”.

Entonces contestó el anciano. “En el evangelio se lee: ‘Si uno te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra’ (Mt 5,39)”. Ellos respondieron: “No podemos”. Antonio: “Si no podéis ofrecer la otra mejilla, soportad al menos la primera bofetada”. “No somos capaces de eso tampoco”. “Si no sois capaces de eso, contentaos al menos con no devolver la bofetada”. “Ni eso podemos”. Entonces el anciano mandó a su discípulo: “Prepáales algo de comer, pues están enfermos”. Y dirigiéndose a los hermanos les dijo: “Si no podéis hacer lo uno, ni queréis lo otro ¿Qué puedo hacer por vosotros? Necesitáis oración”.

Pobreza. (20)

Cierto hermano había renunciado al mundo y repartido sus bienes a los pobres, fuera de algunas cosas que retuvo para sí, Cuando se presentó al abad Antonio y éste se enteró de su modo de proceder, le dijo: “Si quieres hacerte monje, vete al pueblo, compra carne y ácala sobre tu cuerpo desnudo. Después vuelve donde nosotros”. Hízolo, así el hermano, pero en el camino los perros y las aves de rapiña hirieron su cuerpo. Cuando llegó donde Antonio éste le preguntó si había seguido su consejo. El hermano sólo le mostró su cuerpo lastimado. Entonces San Antonio le dijo: “Todos los que han renunciado al mundo y no obstante quieren tener riquezas, serán despedazados así por los demonios en la lucha”.

Seglares. (24))

En el desierto el abad Antonio recibió la siguiente revelación: “En la ciudad vive uno igual a ti (en santidad). Es un médico, que da lo superfluo de sus bienes a los necesitados y canta el día entero el Trisagio con los ángeles”.

Vida monástica. (33)

Dijo el abad Antonio: “Tened siempre ante vuestros ojos el temor de Dios. Acordaos de Aquel que puede matar y vivificar (1 R 2, 6). Odiad el mundo y todo lo mundano. Aborreced la comodidad. Renunciad a esta vida a fin de que viváis en solo Dios. Acordaos de lo que habéis prometido a Dios, pues eso es lo que os exigirá en el día del juicio. Sufrid hambre, sed y desnudez. Vigilad, arrepentíos, llorad y suspirad en vuestros corazones. Examinaos si sois dignos de Dios. Despreciad la carne, a fin de que salvéis vuestras almas”.

Virtudes. (35)

El abad Antonio dijo: “El que trabaja el hierro piensa primero lo que quiere fabricar: una hoz, una espada o un hacha. Así también nosotros tenemos que pensar que virtud queremos adquirir, para que no trabajemos en vano”.

Obediencia. (37)

Dijo el abad Antonio: “Conozco a monjes que han caído y desvariado, a pesar de sus muchos esfuerzos, porque confiaron en sus propios trabajos y despreciaron el mandamiento de aquel que dijo: “Pregunta a tu Padre y él te lo dirá” (Dt 32,7).

El abad Arsenio

(Hijo de un senador romano, fue ordenado diácono por el Papa Dámaso. Vivió 40 años en la corte del emperador en Constantinopla y fue educador de los hijos del emperador Teodosio. Después se hizo ermitaño en el desierto de Sceté. Su celda estaba a casi 50 kms. de las regiones habitadas por otros monjes. Murió a los 95 años, alrededor del año 445).

Separación del mundo. (PG 65. Arsenio, 1)

Cuando Arsenio aún vivía en la corte del emperador oró a Dios diciendo. “Señor condúceme a camino de salvación”. Y oyó una voz: “Arsenio, huye la compañía de los hombres y te salvarás”.

Paz. (2)

Cuando Arsenio vivía ya como anacoreta, oró de nuevo a Dios con las mismas palabras, y oyó una voz que le decía: “Arsenio, huye, calla y busca la paz (*hesyjjía*); pues esas son las raíces de la impecabilidad”.

Pasiones. (9)

Un hermano pidió al abad Arsenio una palabra. El anciano le dijo: “Lucha con todas tus fuerzas para que tu vida interior sea según Dios, y entonces también vencerás tus pasiones exteriores”.

Buscar a Dios. (10)

Dijo Arsenio: “Si buscamos a Dios él se nos revelará y si nos asimos a él permanecerá con nosotros”.

Perseverancia. (11)

Un hermano dijo al abad Arsenio: “Mis pensamientos me afligen, diciéndome: No puedes ni ayunar, ni trabajar.

Visita al menos a los enfermos, pues eso también es una obra de caridad”. Reconociendo el anciano las semillas de los demonios le dijo: “Vete, come, bebe, duerme, no trabajes, solamente no salgas de tu celda”. El sabía que la paciente perseverancia en la celda ponía en orden al monje.

Soledad (13)

El abad Marcos preguntó al abad Arsenio: “¿Por qué nos huyes?”. El anciano respondió: “Sabe Dios que os amo. Pero no puedo estar al mismo tiempo con Dios y con los hombres. Los miles y miles que están en el cielo tienen sólo una voluntad, pero los hombres tienen muchas voluntades. Así, pues, no puedo dejar a Dios y estar con los hombres”.

Oración. (30)

Decían del abad Arsenio que las vísperas del sábado, al ponerse el sol daba las espaldas a éste, extendía sus manos al cielo y rezaba hasta que el sol de la mañana del Domingo volvía a iluminar su cara. Y entonces descansaba.

Renuncia al mundo. (40)

El abad Arsenio decía a menudo: “¿Arsenio, por qué has dejado el mundo? Muchas veces me he arrepentido de haber hablado, pero nunca de haber guardado silencio”.

El abad Agatón

(Compañero del abad Ammum en el desierto de Nitria, en el siglo IV. Más tarde se trasladó al desierto de Sceté).

Perdón. (PG 65, Agatón 4)

Dijo el abad Agatón: “Nunca me fui a dormir si aún sentía rencor contra alguien (*Mt 5,23*); ni permití, en cuanto dependiera de mí, que alguien que tuviera algo contra mí se fuera a descansar (sin reconciliarse conmigo)

Ortodoxia y humildad. (5)

Algunos hermanos fueron a visitar al abad Agatón para ponerlo a prueba y ver si se encolerizaba. Habían oído hablar mucho de su discreción y discernimiento. Por ello le dijeron: “Tú eres Agatón? Nos refirieron que eras impuro y orgulloso”. “Así es”.

“¿Tú eres, pues, Agatón, el charlatán y detractor?”. “Exactamente”.

“¿Eres Agatón, el hereje?”.

Entonces contestó el anciano: “¿No soy hereje!”. “Dinos, ¿cómo has aceptado tantas cosas que hemos dicho de ti y no soportas esta última opinión?”.

A lo que él contestó: “Las primeras cosas las tomé sobre mí porque eran útiles a mi alma. Pero la herejía significa separación de Dios y yo no quiero estar separado de Dios”.

Cuando los hermanos oyeron esto admiraron la discreción del anciano y se fueron edificados.

Esfuerzo y vigilancia. (8)

Cierta vez interrogaron al abad Agatón: “¿Qué es mejor, el esfuerzo corporal o la guarda del corazón?”.

El anciano respondió: “El hombre se asemeja a un árbol. El esfuerzo corporal son las hojas, y la guarda del corazón, el fruto. Como según la palabra de la Escritura todo árbol que no produce fruto será cortado y arrojado al fuego (*Mt* 3,10), es evidente que todo nuestro esfuerzo es a causa del fruto, es decir, de la guarda del corazón. Pero también son necesarios la sombra y la protección que da el follaje, y esto es el esfuerzo corporal”.

Oración. (9)

Preguntaron al abad Agatón: “Padre, ¿qué virtud es más trabajosa en la vida monástica?” El les respondió: “Excusadme, creo que no hay trabajo más duro que orar a Dios. En cuanto el hombre comienza a rezar vienen los demonios a distraerlo, pues saben ellos que ninguna obra pone tantos obstáculos a su acción que la oración. Cualquier otro trabajo que el hombre emprenda, con tal de perseverar en él, tendrá su descanso; en cambio la oración exige luchar hasta el último suspiro”.

Silencio. (15)

Se dice que el abad Agatón llevó durante tres años una piedra en su boca, hasta que consiguió guardar silencio.

Compras y ventas. (16)

Se dice que el abad Agatón y el abad Ammum, cuando iban a vender el producto de su trabajo, decían una sola vez el precio y recibían lo que se les daba en silencio y paz. Cuando querían comprar algo pagaban en silencio el precio que se les había indicado, y, sin decir palabra, recibían la cosa.

Ira. (19)

Decía el abad Agatón: “Aunque un hombre encolerizado, resucitara a un muerto, Dios no lo recibiría”.

Caridad. (25)

Una vez que los hermanos hablaban acerca de la caridad dijo el abad José: “¿Acaso sabemos lo que es el amor?”. Y contaba lo siguiente del abad Agatón: “Tenía el abad Agatón un pequeño cuchillo. Cierta día vino un hermano y encomió el cuchillo. Agatón no lo dejó partir sin que se lo llevara”.

Enfermos. (27)

Se refiere lo siguiente del abad Agatón: Cierta vez que había ido a la ciudad para vender el producto de su trabajo, encontró en la plaza a un extranjero que estaba enfermo y no tenía a nadie que se preocupase por él. El anciano se quedó con él, arrendó un cuarto, pagó el arriendo con su trabajo y gastó el resto de su dinero en las diversas necesidades del enfermo. Estuvo cuatro meses con él, hasta constatar su completo restablecimiento. Entonces Agatón volvió en paz a su celda”.

Muerte y juicio. (29)

Se decía del abad Agatón que se esforzaba en cumplir todo mandamiento. Cuando subía a un barco era el primero en tomar los remos; cuando recibía visita de hermanos se apresuraba en poner él mismo la mesa inmediatamente después de la oración. Estaba, pues, lleno del amor de Dios.

Cuando le llegó la hora de morir estuvo tres días reclinado en su lecho, inmóvil y con los ojos abiertos. Los hermanos tocaron su brazo y le preguntaron: “¿Padre, donde estás?”. Contestóles: “Estoy de pie ante el tribunal de Dios”. Dijeron los hermanos: “¿También tu tienes miedo, Padre?”. Respondió el anciano: “Hasta ahora hice lo que pude para guardar los mandamientos de Dios. Pero soy sólo un hombre. ¿Cómo voy a saber si mi vida agradó a

Dios?”. Los hermanos le dijeron: “Acaso no estás convencido, Padre, de que todos tus actos fueron según la voluntad de Dios?”. El anciano respondió: “Estando ante Dios se acaba toda mi convicción y seguridad, pues el juicio de Dios es diferente del juicio de los hombres”.

Como le pidiesen aún otra palabra les dijo: “Hacedme la caridad de no hablarme ahora, porque estoy muy ocupado”. Y poco después pasó al Señor con corazón alegre. Vieron como su alma fue levantada, como cuando se abrazan amigos o personas queridas.

El abad Agatón practicaba gran vigilancia y solía decir: “Sin vigilancia extrema el hombre no alcanza una sola virtud”.

Amor del prójimo. (30)

Cierta vez el abad Agatón fue a la ciudad para vender algunos objetos pequeños. Encontró junto al camino a un hombre muy maltrecho. Este le preguntó: “¿Adónde vas?”. El abad Agatón respondió: “A la ciudad, a vender mis productos”. Entonces el pobre le rogó: “Hazme la caridad de llevarme contigo”. El abad Agatón la llevó a cuestas a la ciudad. Allí el hombre le dijo: “Déjame en el mismo lugar en que vendes tus cosas”. Hízolo así. Apenas hubo vendido algo el enfermo le preguntó: “¿A qué precio lo vendiste?”. El contestó: “En tanto y tanto”. A lo que el enfermo le rogó: “Cómprame algo de comer”. Hízolo así el abad Agatón. Cuando hubo vendido otra cosa le preguntó al enfermo: “¿Y por cuánto has vendido esto?”. Le respondió: “Por tanto y tanto”. Entonces le pidió el enfermo. “Cómprame tal cosa”. Y el abad Agatón la compró.

Después de haber vendido todo lo que había traído y disponiéndose a partir, el enfermo le preguntó: “¿Ya te vas?”. Agatón le respondió: “Sí”. El enfermo le dijo: “Haz otra vez una obra de caridad y llévame de nuevo al lugar en que me encontraste”. Y el abad Agatón lo llevo de nuevo a su lugar. Entonces el enfermo dijo. “El Señor del cielo y de la tierra te bendiga, Agatón”. Y cuando levantó los ojos no vio a nadie más. Había sido un ángel del Señor que había venido para ponerlo a prueba.